

# Falacias y realidades de la agricultura y la alimentación

La alimentación es, quizá, el problema más grave al que se enfrenta la humanidad. Para vergüenza del género humano, el hambre constituye el “modo de vida” de millones de seres en muchas partes del mundo. Abundan los estudios, basados en marcos conceptuales incompletos, que asocian unilateralmente el hambre con el aumento de la población, con la escasez de tierra cultivable, con la falta de una tecnología adecuada, con las deficiencias del clima o —incluso— con la subsistencia de atavismos, tradiciones y prejuicios religiosos. Con base en ellos se ha generalizado una opinión —a menudo difundida ex profeso— excesivamente simplista. De esa manera, el déficit alimentario constituiría una desgracia irremediable en el presente, que se profundizaría de modo inevitable en el futuro.

La experiencia enseña, en cambio, que la deficiencia en la provisión de alimentos y sus terribles consecuencias —hambre y desnutrición que padecen millones— dependen en gran medida de un sistema socioeconómico y político irracional que, en aras de la maximización de ganancias y del predominio del interés privado, sacrifica todo lo demás. Por ello, una de las tareas prioritarias de los técnicos y especialistas de la diversas disciplinas vinculadas con este problema es debatirlo profundamente y mostrar sus verdaderas raíces.

*Comercio Exterior*, consciente de esa realidad y de la urgencia de encontrar soluciones, se ha preocupado por informar y contribuir al debate en torno a la crisis alimentaria y agrícola,<sup>1</sup> cuyas repercusiones, ya graves en el presente, serán decisivas para el futuro. Una

1. Véanse, por ejemplo, los siguientes números temáticos de *Comercio Exterior*: vol. 24, núm. 12, diciembre de 1974; vol. 25, núm. 5, mayo de 1975; vol. 27, núm. 12, diciembre de 1977, y vol. 28, núm. 6, junio de 1978, así como los editoriales “El contexto de la crisis alimentaria” (vol. 24, núm. 11, noviembre de 1974), “Reflexiones sobre la política de desarrollo agrícola” (vol. 25, núm. 2, febrero de 1975), “La política alimentaria: ¿instrumento de dominio o de progreso?” (vol. 27, núm. 4, abril de 1977) y “Reflexiones sobre la desnutrición en México” (vol. 28, núm. 2, febrero de 1978).

vez más, se incluyen trabajos sobre el tema con el propósito de enriquecer la discusión. El mismo sentido tienen las reflexiones que enseguida se presentan.

En numerosas reuniones sobre alimentación se ha insistido en asociar —directa o indirectamente, pero siempre en forma falaz— la deficiencia alimentaria con el exceso de población o con otras supuestas causas, como las mencionadas. También suele limitarse el análisis a un examen parcial de la geografía y la economía del hambre, del que surge después la medición del desequilibrio probable entre las disponibilidades alimentarias futuras y las necesidades de consumo de una población en crecimiento. En la gran mayoría de los casos parece imposible cumplir las recomendaciones de dichos foros. Así, por ejemplo, un año después de realizada la Conferencia de la Alimentación, celebrada bajo los auspicios de las Naciones Unidas en 1977, los problemas allí debatidos siguen sin posibilidad de resolverse. En esa conferencia se reafirmó la convicción de que, para vencer el déficit alimentario, la producción de alimentos de los países subdesarrollados debía crecer a una tasa anual de 4%. Empero, todo indica que dicha meta no se alcanzará en el futuro próximo, a menos que cambiaran drásticamente las condiciones imperantes.

El problema del hambre y la desnutrición se localiza fundamentalmente en el Tercer Mundo. Según la *Cuarta Encuesta Alimentaria Mundial*, publicada el año pasado por la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO),<sup>2</sup> la producción de alimentos per cápita en los países desarrollados (capitalistas y no capitalistas) creció a un ritmo anual de 1.4% en el período 1960-1976. En los países subdesarrollados, aunque el volumen de la producción alimentaria total se incrementó 3.1% en el decenio de los sesenta, la producción por persona se expandió menos de 1% y la situación empeoró en los años siguientes. En efecto, de 1970 a 1976 la tasa de crecimiento de la producción global de alimentos en esos países se redujo a 2.7% anual, con lo que el crecimiento de la producción por habitante bajó a 0.3% por año.

Tras estas cifras se esconden tendencias aciagas para el conjunto de la humanidad, sobre todo si se consideran las disparidades en las condiciones socioeconómicas mundiales. Los habitantes de los países desarrollados están en general alimentados hasta con exceso. En muchas de esas naciones privan el dispendio y el consumismo y, simultáneamente, grupos marginados sufren desnutrición y a veces hambre. En cambio, estos últimos males afectan en casi todos los países subdesarrollados a la mayor parte de la población e incluso se presentan hambrunas cuyos casos extremos más conocidos son, entre otros, los del Sahel, Etiopía, Biafra y Bangladesh. Eso no impide que los estratos privilegiados del Tercer Mundo adopten a menudo hábitos de consumo similares a los de los países ricos, mientras las grandes masas no logran siquiera nutrirse tanto como el ganado destinado al consumo de las clases de altos ingresos.

Se trata, pues, de una cruel paradoja del sistema económico mundial: allí donde menos se necesita crece más rápidamente la producción; en aquellos lugares en donde la disponibilidad es insuficiente aumenta con menor rapidez.

La deficiencia de la producción alimentaria del Tercer Mundo obedece a profundos problemas de organización económica y desequilibrio social. Ninguno de esos obstáculos ha sido removido, ni existen perspectivas ciertas de que así ocurra en el futuro próximo, por lo que el hambre y la desnutrición continuarán ensombreciendo el porvenir de una gran parte de la humanidad.

2. FAO, Roma, 1977, 132 páginas.

“La agricultura sigue siendo la principal fuente de empleo e ingreso para una gran mayoría de la población de casi todos los países en desarrollo”, se afirma en la encuesta de la FAO. Y, sin embargo, en los países cuya producción de alimentos es insuficiente es donde hay mayor dotación de mano de obra agrícola desocupada o subocupada. La lógica más elemental indica que si esos productores agrícolas potenciales tuvieran a su disposición las tierras y los medios adecuados para trabajarlas, podrían eliminarse las carencias alimentarias más graves.

Por un lado, de 30 a 60 por ciento de la población agraria de los países subdesarrollados no tiene tierra en la que trabajar; muchos campesinos ni siquiera consiguen trabajos temporales en los que podrían producir los alimentos que a ellos mismos les faltan. Por otra parte, la producción y la tecnología agrícolas están suficientemente desarrolladas como para que el trabajo humano alcance niveles de productividad hasta hace poco insospechados. Estados Unidos es en la actualidad el mayor abastecedor internacional de alimentos. Cada agricultor de ese país produce alimentos y fibras suficientes para 57 personas, casi cuatro veces más que hace un cuarto de siglo y más de once veces el promedio actual del mundo.<sup>3</sup>

En lo que respecta a la tierra, para la agricultura moderna no existe la ley ricardiana de los rendimientos decrecientes.<sup>4</sup> En algunos países desarrollados la productividad agrícola per cápita ha crecido con mayor rapidez que la productividad industrial. La tecnología moderna permite duplicar el volumen de productos industriales en plazos históricos cada vez menores. De la misma manera, la capacidad productiva de la tierra puede reponerse y acrecentarse, en función de la tecnología y de la organización de la producción, o deteriorarse y destruirse mediante el uso irracional o depredatorio.

Según el nivel actual de la explotación técnicamente posible, no falta tierra; lo que hay es subutilización o uso inadecuado. En los países capitalistas industrializados o en las pequeñas ínsulas de agricultura capitalista desarrollada de algunos países periféricos, el aporte del factor tierra como insumo o como costo es decreciente y su participación porcentual en los productos agrícolas es de cinco a diez veces menor que en la agricultura atrasada o extensiva. En buena parte del mundo subdesarrollado generalmente se piensa que sólo puede elevarse la producción ampliando la frontera agrícola. En la mayoría de las naciones capitalistas desarrolladas no existe siquiera la posibilidad de un planteamiento semejante debido a la efectiva escasez de tierra. Sin embargo, la producción crece rápidamente y los importadores de ayer son los grandes exportadores de la actualidad. Eso se ha logrado gracias a que los adelantos tecnológicos no se contraponen a la organización social.

En los países subdesarrollados, en cambio, el avance técnico suele deteriorar la organización social. Son abundantes los ejemplos de tan perniciosos efectos, no previstos cuando se rinde culto a la modernización económica y tecnológica sin cortapisas. En muchos casos, el desarrollo de la agricultura moderna en ínsulas de progreso técnico incrementa el desempleo, la dependencia alimentaria con respecto al exterior, la desnutrición y las desigualdades sociales, al tiempo que rompe la estructura tradicional de la sociedad y cambia para siempre los patrones culturales y el modo de vida de los campesinos. Así, a menudo los habitantes rurales pierden su organización social y sus tradiciones ancestrales, que constituyen una respuesta largamente probada a los problemas que les plantea su medio,

3. Véanse *Horizontes USA*, núm. 29, Washington, septiembre de 1978, y *Time*, vol. 112, núm. 19, Chicago, 6 de noviembre de 1978.

4. Véase Antonio A. García, “El problema de la tierra en la economía latinoamericana”, en *Problemas del Desarrollo*, año 8, núm. 31, agosto-octubre de 1977, pp. 67-97.

sin obtener a cambio otras condiciones de existencia, como no sean las de la marginación socioeconómica y política.

El atraso agrario y el hambre no se originan, pues, en la falta de tecnología adecuada o en la carencia de medios humanos, sino en las deficiencias de la organización económica y de la estructura de los mercados, que no siempre permiten organizar y aprovechar en un mismo espacio productivo la mano de obra ociosa, las tierras subutilizadas y la tecnología disponible.

Ningún sector de la economía constituye una realidad separada de la organización económica global. Una agricultura avanzada en un país desarrollado es una pieza que armoniza con el contexto general. Una agricultura avanzada en una nación subdesarrollada no puede menos que expresar las contradicciones de la sociedad que le sirve de marco. La respuesta, por supuesto, no es remitirse al atraso, sino buscar la fórmula de desarrollo adecuado, aquélla que, tomando cabalmente en cuenta el medio social, no genere más desequilibrios de los que pretende resolver. En los países de alta desocupación y marginación rural, una agricultura intensiva en capital, expulsora de mano de obra, no constituye la salida para resolver el problema alimentario en sus dos vertientes principales: la técnico-económica y la social.

Pretender que la producción de alimentos se realice con métodos empresariales y exclusivamente desde el ángulo del interés privado no es la solución. De lo que se trata es de obtener alimentos baratos, que puedan adquirir las grandes mayorías afectadas por el hambre y la desnutrición, y no productos más refinados y de precio más elevado. Por otra parte, aquella manera de abordar el problema desaloja mano de obra justamente en sociedades cuya principal preocupación es la falta de empleo; eso significa, lisa y llanamente, contraponer la técnica a la organización social, con resultados catastróficos para gran parte de la humanidad.

En una publicación de las Naciones Unidas apareció, en diciembre de 1976, un artículo que centraba su atención en esta paradoja.<sup>5</sup> La agricultura comercial en gran escala ha conseguido, en muchos casos, el aumento de la producción de alimentos, pero no por eso ha desaparecido el hambre o la desnutrición. ¿Qué se ha hecho con los nuevos alimentos? A menudo esos productos se destinan a los grupos de mayores ingresos, al engorde de ganado y a la producción de edulcorantes, refrescos y cerveza. Cuando las nuevas tendencias del mercado de productos agrícolas inducen a sustituir un cultivo básico por otro de mayor precio, éste se envía por lo general a un mercado de alto ingreso. Los autores del artículo mencionado sintetizan el absurdo de esta manera: "...los individuos más pobres de América Central y de Africa deben competir por los alimentos con millones de norteamericanos, japoneses y europeos, cuyos ingresos son muchísimo más altos. Nuestro mundo 'interdependiente' puede que nos esté conduciendo hacia un único supermercado. El problema es que la mayoría no tiene dinero para comprar, ni siquiera cupones".<sup>6</sup>

Indudablemente, en el origen de este problema está la radical diferencia de condiciones —tanto internas como externas— que hicieron posible el desarrollo de los países hoy industrializados, respecto a las que hoy prevalecen. En aquéllos, la revolución industrial fue posterior a la revolución agrícola. Los obreros que requería la industria eran más que los campesinos desalojados del medio rural. Después de un largo y terrible período de desequilibrio interno y de expoliación colonial se llegó a un mayor nivel de empleo y de ingresos en el conjunto de las sociedades metropolitanas.

5. Véase Francis Moore Lappé y Joseph Collins, "Entre más alimentos más hambre", en *Foro del Desarrollo*, Centro de Información Económica y Social de las Naciones Unidas, vol. 4, núm. 8, Ginebra, diciembre de 1976.

6. *Ibid.*

En los países hoy subdesarrollados, en cambio, los bajos precios agrícolas subsidian indirectamente a la industria, pero como ésta no puede absorber el desempleo agrario, el crecimiento del mercado interno es lento. A la vez, no se puede sustituir el mercado interno con las exportaciones (afortunadamente, tampoco es posible ya el camino colonialista), porque el segmento del mercado mundial disponible para los países subdesarrollados está reducido a los pequeños huecos que deja la industria de los países avanzados, dueña del comercio internacional. Por las razones anteriores y por la dependencia (tecnológica, financiera, ideológica) que los sujeta, los países subdesarrollados sólo pueden competir mediante sus bajos salarios. En ese marco, el desempleo generado en el agro constituye un apoyo de las bajas remuneraciones industriales, tanto por la presión negativa que ejerce el gran número de desocupados sobre esas remuneraciones, como por el bajo costo de los productos agrícolas, que permite a la industria destinar al pago de los salarios una menor proporción del valor del producto obtenido. Así, la actividad industrial se desenvuelve en buena parte a costa del atraso agrario.

Las ínsulas de progreso agrícola no contribuyen al desarrollo general de la agricultura en los países subdesarrollados. Por eso, la batalla por el desarrollo agrícola, que es la batalla en favor de un adecuado nivel alimentario, debe darse en el terreno del desarrollo armónico de la economía y la sociedad en su conjunto, así como en el de un necesario reordenamiento de las relaciones económicas internacionales, que conduzca a un trato equitativo entre países.

El crecimiento demográfico, la escasez de tierra, la tecnología tradicional o los prejuicios no constituyen las barreras que impiden alimentar en forma adecuada a la población mundial. La tierra puede ser aprovechada en una escala sorprendentemente mayor, como lo prueba el aumento de la productividad en los países avanzados. La técnica existe y está en continuo desarrollo. Las irregularidades climáticas no han impedido el progreso de la agricultura avanzada y, por el contrario, sus riesgos naturales disminuyen cuando la ciencia y la tecnología intervienen en mayor proporción en los insumos. Por último, no es necesario demostrar que existe mano de obra disponible para las tareas agrícolas.

En México, como en todos los países del Tercer Mundo, subsisten estructuras injustas y esquemas ideológicos que las justifican e intentan velar lo que la realidad se empeña en demostrar. Abandonemos los proyectos que no corresponden a las condiciones sociales presentes, para empezar a discutir fórmulas de desarrollo agrario acordes con el marco integral de las economías subdesarrolladas.

Alrededor de esta cuestión fundamental gira en verdad el debate sobre diversos aspectos del agro en México. Por ejemplo, la introducción de tecnologías modernas en el campo, el desarrollo de la agroindustria, la importación de alimentos mientras se extingue la economía campesina y se desintegra la organización ejidal. . . Asimismo, la polémica abarca otros temas que a todos preocupan, tales como el desempleo, la marginación y el deterioro ecológico.

El problema no se refiere sólo a la disponibilidad de alimentos o al aumento de la producción, sino que incluye también la mejor distribución del ingreso y de la producción entre ricos y pobres, así como entre sectores de alta y de baja capacidad adquisitiva de cada país. Es necesario combinar todos los recursos y las formas justas de tenencia de la tierra de manera que se logre la armonía del cuerpo social y se satisfagan cuando menos las necesidades mínimas vitales de todos. □